

ción de tendencias jerárquicas y feudales: es decir, que la iniciada contra-revolucion explotó por cuenta propia el sentimiento nacional. Ella inició y mantuvo el titulado romanticismo, situación religiosa, política y estética que no era en suma sino una Edad media caprichosamente compuesta y adornada. Hacia retroceder todas las miradas, más allá aún de la reforma, y engañaba diciendo que la salvación debía buscarse lejos, muy lejos, en la santa oscuridad del pasado. Inculcaba la errónea idea del «buen tiempo viejo» y, aparte de las ventajas materiales que ofrecía, supo inducir á hombres de espíritu á que predicasen que las ideas de los protestantes, libre-pensadores ó revolucionarios no se avenían con un buen género de vida, y que las costumbres de los antepasados, con un poco de catolicismo y feudalismo, venían como pintadas á las damas y caballeros á la moda. Finalmente, se atrajo el concurso de los ignorantes, deslumbrándoles con la ilusoria perspectiva de una época cabaleresca que no había existido nunca. La «escuela romántica» promovió en Alemania el triunfo de aquella retrogradación, empeñada temerariamente en realizar el loco pensamiento de arrojar de nuevo á la Europa en la esclavitud de la Edad media. Al efecto grande, aunque breve, de aquella marcha retrospectiva pudo contribuir la consideración de que la sociedad europea, aniquilada física y moralmente por los males del jacobinismo y del napoleonismo, se persuadiera fácilmente en semejante situación de que se habían falseado las vías abiertas por el siglo XVIII y de que por su causa se veía conducida á la ruina. En vista de esto, los propagadores del retroceso podían perfectamente convencer á las gentes de que en los buenos tiempos antiguos todo había andado mejor, y por lo tanto se podía y se debía volver á ellos.

En los comienzos del retroceso, ó sea de la transición del clasicismo al romanticismo, no era fácil prever, al ménos en Alemania, ni sus progresos ni su objeto final. Aquellos comienzos se relacionaban con un poeta y con un filósofo de tendencias absolutamente liberales, Juan Pablo Federico Richter, conocido bajo el sencillo nombre de Juan Pablo, de Munfiedel (1763-1825), y Juan Gottlieb Fichte (1762-1814), de Rammenau. El primero, sin duda alguna superior á todos los humoristas alemanes, extendió su vuelo á las regiones etéreas desde la *Fábrica de la sátira* donde comenzó su carrera, á las regiones donde el humorismo «semejante al ave del Paraíso que duerme volando sobre sus anchas alas extendidas, mece las tempestades de la vida en el venturoso sueño de su patria ideal.» Aunque por la riqueza de su fantasía Juan Pablo sobrepujó á los demás autores, la forma no le descubrió jamás sus misterios; y de ahí que sus mejores obras, sin exceptuar la principal, el *Titan*, con tanto vigor concebido y tan ingeniosamente delineado, no llegaron á producir una impresión completa. El *Titan* debía compararse con el *Fausto*, al que igualaba en cuanto á la disposición y al pensamiento dominante. El fin de la obra era la exposición histórica del desarrollo de una personalidad armónicamente perfeccionada por sus condiciones de educación y de carácter, conduciéndola desde su infancia hasta su madurez, para regir y encaminar su vida en sus más elevadas empresas. Pero la forma no correspondió á la grandeza del asunto. Al leer el *Titan* siéntese algo semejante á lo que se sentiría en presencia de un cuadro del Correggio y otro de Teniers, cortados en pedazos, de todas figuras y dimensiones, y confusamente mezclados. Aquí un ojo que brilla, allí una linda boca que sonríe, ya la delicada mano que saluda, ya el cándido seno que rebosa; y sobresaliendo entre la abigarrada confusión, el contraído rostro de algun jugador, la amoratada nariz de algun borra-

cho, cascos de vasos y residuos de cocina; en fin, la incoherencia y el desorden por todas partes. Las obras de Juan Pablo tuvieron un éxito inmenso, especialmente entre las mujeres ilustradas, lo que, en concepto de la cultísima berlinesa Enriqueta Herz, podría acaso atribuirse á que el gran humorista pintaba á su sexo bajo un aspecto más ideal de lo que es en realidad. El mérito de aquellas obras consistía en el valor con que reclamaban y defendían la libertad más completa del pensamiento, así como su principal defecto era convertir en ley suprema la arbitrariedad, fomentando como útil el sentimentalismo. Cierto es que Juan Pablo no había previsto este resultado, puesto que en sus muchos escritos mostróse indignado contra la tiranía napoleónica y, á pesar de su carácter dulce y pacífico, no dejaba de sentirse muy disgustado por la vergüenza de su



HAYDN



GLUCK

patria. Pero los males del clasicismo, á los cuales contribuyó Juan Pablo, existían en germen en la índole del humorismo, tal como él lo practicaba y entendía. Este humorismo suponía el yo humano colocado en el centro del mundo, anulando todos los fenómenos por su oposición á la idea. El yo del humorista admite, por consiguiente, una sola ley, el capricho soberano, en el cual, como en un espejo cóncavo, se refleja el mundo aparente convertido en caricatura. Semejante esta doctrina á la filosofía de Fichte, era bajo su forma primitiva y más especial (*Doctrina de la ciencia*, 1794) la continuación exacta de la filosofía de Kant. Fichte juzgaba absoluto el idealismo crítico, pretendiendo con perfecta lógica que el origen y formación del mundo están basados en un principio fundamental, que para el filósofo era el yo, el ser humano, el centro de la creación. En su incondicional soberanía el yo se localizaba por sí mismo, y el mundo no era más que la objetividad finita de aquel yo infinito. No hay que admirarse, pues, si aquel pobre yo, tan felizmente llegado á la cima más alta de la soberanía de la razón, comenzaba á sentir los efectos del vértigo. A tal altura, más que en parte alguna, pesaba sobre el hombre la idea de su semejanza con el Criador; así es que pronto empezó á descender de ella poco á poco. En otros términos: la libertad absoluta del yo humano, que Fichte pretendía haber probado teóricamente, no era sostenible en la práctica, siendo preciso admitir, á imitación de Kant, como una exigencia de la razón práctica, aquel Dios mismo destituido por la razón pura. La «Doc-

trina de la ciencia» de Fichte se convirtió, tras de varias trasformaciones, en la «Guía para la vida feliz» (1806), en cuya obra recobra Dios el lugar del *yo* y el mundo el del *no-yo*; de este modo la revolucion del pensamiento filosófico se apaciguó con la vuelta del cristianismo. Sea como fuere, Fichte, á pesar de su sistema filosófico, ha conquistado un lugar honrosísimo en la historia patria, tanto por su arrojo en defender la libertad de hablar y de sentir, cuanto por sus luchas en pro de la armonía de la ciencia libre con el Estado libre. Patriota prudente y valeroso, su obra más laudable fueron las conferencias dadas, durante el invierno de 1807 á 1808, en la Academia de Berlin, bajo el título de «Palabras á la nacion alemana,» á la nacion que se habia envilecido ante sí y ante las demás de un modo inaudito. Precisamente por entónces hallábanse cierto dia Guillermo de Humboldt y Juan Müller presenciando las maniobras que, al mando de un cabo, hacian varios soldados en el jardín zoológico. La tropa ejercitábase con precision, y no sabiendo aquellos si se componia de soldados alemanes, ó bien de franceses que á la sazón tenian ocupada la capital de Prusia, Humboldt preguntó á un transeunte á qué nacion pertenecian. Entónces éste, encogiéndose de hombros con sin igual desprecio, respondió en francés: «Ce sont des allemands; vous voyez bien qu'on les bat!» Y efectivamente, el envilecimiento de los alemanes llegaba á tal extremo, que se creian destinados exclusivamente á ser vencidos, hollados y escarnecidos. Sobre la Alemania, convertida en revuelta chusma, pesaban con abrumadora gravedad, al Mediodía las iniquidades de la alianza del Rhin, al Norte los preliminares de la paz de Tilsitt. Fichte, el valeroso pensador acomete la empresa de levantar los espíritus abatidos, de infundir la esperanza á aquellos corazones avasallados y mostrar la senda del porvenir á un pueblo rezagado en medio del progreso del siglo por culpa de sus gobernantes, y derrotado en consecuencia vergonzosamente. El pasado ha muerto, desembaracémonos de él á toda prisa; la Edad moderna ha surgido, vive, pero hay necesidad de educarla. ¿Cómo? Con la trasformacion más radical en nuestro modo de sentir, con una renovacion completa en la actitud de todas las clases populares. Y ¿cómo realizar esta trasformacion, esta renovacion? Mediante una profunda y vasta educacion nacional y energía moral para obtenerla. Tal fué la idea fundamental que Fichte desarrolló elocuentemente en sus famosas conferencias. Sus palabras dirigidas á la nacion entera, fueron atendidas por la parte más selecta de ella. Sin que el redoble de los tambores franceses, que resonaba en las calles de Berlin, bastara á extravíarle ó distraerle de su propósito, el elocuente orador indicaba al pueblo prusiano, al aleman, lo que debia hacer para arrojar al soberbio invasor de Alemania.

Sobre la doctrina del *yo* absoluto, de Fichte, y la soberanía del humorismo, de Juan Pablo, la escuela romántica fundó su dogma de la *Ironía*, segun el cual el hombre, esto es, el hombre de talento, el hombre ideal y normal, el poeta, el artista, en una palabra «el genio» está autorizado á hacer irónica burla del mundo objetivo. El verdadero romántico alcanzaba la cumbre de semejante genialidad y exclusivismo cuando lograba llevar á la perfeccion «el divino arte de la pereza.» La doctrina romántica que habia llevado á feliz término la conversion del imperativo categórico de la despreocupacion, tuvo su complemento en la filosofía natural de Schelling. Federico Guillermo José Schelling (1775-1854), de Leonberg, fundó en el primer período de su filosofía sobre la conversion de la tesis de Fichte, relativa á la construccion del mundo mediante el *yo* creador, una teoría, en virtud de la cual lo ideal emanaba de lo real, la natura-

leza se espiritualizaba en el pensamiento, y por lo tanto la naturaleza era el espíritu visible, el espíritu la naturaleza invisible. Esta identidad, esta union del espíritu y de la materia, de lo real y de lo ideal, del entendimiento y del sér, es lo absoluto que se manifiesta en la vida universal de la naturaleza como un principio constitutivo de popularidad, segun una ley general y mediante la lucha de fuerzas opuestas; pero este principio vuelve á reconocerse en sí mismo, en la conciencia subjetiva del hombre, donde todas las materias de la existencia natural son otros tantos vástagos por los cuales el espíritu va elevándose á la ciencia y á la libertad. Bajo este punto de vista el universo seria una unidad orgánica animada por la razon absoluta. Schelling pasó el segundo período entre esfuerzos y tentativas de escaso resultado por restablecer sistemáticamente este panteismo, valiéndose de ideas combinadas hábilmente y tomadas de los filósofos griegos, de Bruno, Spinoza, Böhm y Leibnitz. En su tercero y último período, Schelling intentó fantásticamente crear á su Dios universal ó universo divino una mitología, que por carecer su autor de fuerza creadora, vino á confundirse con la mitología cristiana; de suerte que, en la necesidad de mitos y misterios, abrazó los del cristianismo. En conclusion, la filosofía de Schelling renunció al fin en absoluto al principio de la razon.

La conversion del protestantismo al catolicismo se consumó en Federico de Hardenberg, llamado Novalis, en el cual la escuela romántica veneró á su vate y profeta. Novalis era hombre de talento y de corazon; y conmueven las luchas que sostuvo para hallar una forma en que sin detrimento de la libertad, pudieran conciliarse el arte, la ciencia y la religion. Agotadas sus fuerzas, creyó al fin haber encontrado lo que buscaba en un catolicismo arreglado ó rectificado, al que lo atrajo la poesía del culto de la Madre de Dios.

«A tí, María, se alzan
Los corazones;
A tí sola te invocan
En sus dolores.

Aspiran á la dicha
Sin llanto amargo:
Estréchalos al tuyo,
Sér puro y santo.»

Así cantaba él, y sus «Cantos espirituales» celebraban doquiera con entusiasmo y sentimiento incomparables la fusion en el catolicismo del misticismo y sensualismo. Como es natural, Novalis rechaza la reforma y la despreocupacion, ensalza á los jesuitas, huye de la «luz procaz» del día, y en sus «Himnos á la noche» que bajo el punto de vista poético eran indudablemente el fruto más notable del romanticismo, pondera la oscuridad «santa, misteriosa, elocuente.» Ni como pensador ni como poeta, tuvo nunca Novalis ni paciencia ni capacidad para crear obras extremas: en esto estribaba el mal y la desgracia del romanticismo, cuyas mejores producciones, el *Enrique de Osterdingen*, de Hardenberg, la *Guerra de las Cevenas*, de Tieck, el *Guarda de la Corona*, de Arnim, y los *Romances del Rosario*, de Brentano, no dejaron de ser muy incompletas. La envidia nacida de su impotencia era la causa de la mordacidad de los románticos contra Schiller; pobres enanos, insultaban á un gigante, que pasaba á su lado con desprecio y sólo de vez en cuando les dirigia apénas algun epíteto punzante. Los más encarnizados contra Schiller, cuyas facultades creadoras y energía moral servian de grave escándalo para los románticos, eran los hermanos Augusto Guillermo, y Federico Schlegel; éste, rutinario profesor del romanticismo, cuyo programa arregló hábilmente de trozos de Fichte, Juan Pablo, Schelling y Novalis; aquél, predicador ambulante y comisionista literario de la nueva escuela. Las lucu-

braciones poéticas de ambos no son sino impertinencias frías, forzadas, arregladas con sujeción á las prescripciones del romanticismo y á duras penas concebidas y ejecutadas. No obstante, los dos hermanos tuvieron un mérito innegable como reformadores de la idea, expuesta por Goethe y Herder, de una literatura universal y fundadores de la literatura histórica alemana. Ellos fueron los primeros en dar á conocer á sus compatriotas la poesía y la ciencia del antiguo Oriente. Augusto Guillermo abrió nuevos horizontes al arte de la traducción, y él mismo, como traductor artístico de primer orden, dió á su patria un nuevo Shakspeare y la puso en relación con Dante, Calderon y Camoens. No quiso someterse á la moda que obligaba á profesar el catolicismo, como lo hizo su hermano Federico, el cual, á imitación de los románticos Adan Müller y Federico Gentz, se convirtió para poder vender su pluma á Metternich y abrirse entrada en la cancillería de Viena. Estos y otros convertidos posteriores han acarreado graves males á la patria como jefes del partido retrógrado eclesiástico y político, como escritores y oradores del absolutismo y el ultramontanismo. Sistemáticamente, si bien con falta de talento, el convertido Haller de Berna ha marcado el camino á los fanáticos del retroceso romántico en su obra *Restauracion de la ciencia* (1816). Más ingenioso el venal Federico Gentz, supo cubrir con falsas y brillantes palabras los actos y tendencias de la reacción, siendo el tipo, imitado pero no igualado, de los escritores venales. La moda del catolicismo reinó á veces también entre los artistas alemanes: corrían en tropel á Roma, esperando pintar con facilidad madonas como las de Rafael ó esculpir en breve profetas como los de Miguel Angel, tan pronto como sus frentes sin cerebro recibiesen el crisma de la confirmación romana. Una de las más portentosas conversiones fué la del archiromántico poeta Zacarías Werner á quien convenia perfectamente el epigrama dirigido á él, pero aplicable á muchos otros convertidos de entónces:

«Numerosas en el día
Las transformaciones son;
Antes la disolución,
Después la beatería.»

De libertino crapuloso de la peor especie se trasformó en austero predicador, y sus místicas aberraciones divirtieron no poco á sus camaradas de ambos sexos en el Congreso de Viena.

No faltaron al romanticismo partidarios de talento que agregaron al tesoro de la literatura nacional más de una joya, bien que engastada en forma más ó ménos extravagante. Tales fueron Achim de Arnim y Clemente Brentano, cuyas obras se inspiraban al principio en el prudente propósito de recurrir á las fuentes populares, á los orígenes de la literatura nacional. Juntos publicaron *El cuerno mágico* (1808), famosa colección de canciones populares, las cuales, aunque corregidas arbitrariamente al estilo romántico, contribuyeron á refrescar y dar nuevo vigor á nuestra lírica. Por lo demás, las producciones de ambos, más que obras acabadas, eran atrevidas tentativas, que á menudo degeneraban en arreglos informes, insulsos y ridículos. Los prohombres del romanticismo aclamaron como su primer poeta á Ludovico Tieck (1773-1853) de Berlín.

Este era, como anunciaban á són de trompeta, el que debía dejar largo espacio atrás á Schiller y enseñar á Goethe lo que es la verdadera poesía. Y en efecto, tras de retumbantes gemidos, la montaña romántica parió un ratón, ó mejor dicho, varios ratones. Tales fueron las

comedias político-literarias de Tieck, trabajo hecho ántes ya mucho mejor por Goethe y Schiller en sus *Genios*; y las leyendas épico-lírico-dramáticas de *Genoveva* y del *Emperador Octaviano*, verdadera algarabía de todas las formas y motivos posibles y estúpida colección de patrañas románticas. En la actualidad todo esto yace relegado al olvido. Pero que la *Genoveva*, aquella divinización de la Edad media, sin disposición ni unidad, compuesta de abigarrados trozos, fuese colocada por los necios románticos al nivel y aún por encima del *Fausto* de Goethe, cosa es que hace sentir dolorosamente la audacia de partido y la opinión del vulgo sobre cuanto hay de verdaderamente grande y bello; tanto más, cuanto que precisamente en aquella época daba Schiller á la nación sus obras maestras, y Kotzebue, conocido autor de farsas grotescas, gozaba de una inmensa popularidad.

Aparte de esto, Tieck se mostró verdaderamente poeta en su *Fábula* sobre el *Fantasio*, en donde tan maravillosamente campea el celebrado encanto romántico de la *Soledad Silvestre*; y como prosista de gran mérito, supo unir en sus numerosas novelas la fina ironía y el discreto humorismo. Lástima que se pusiera al servicio del romanticismo! Su talento se perdió para la nación, habiendo conseguido tan sólo halagar el gusto literario de unos pocos.

El espíritu patriótico en que rebosaba el romanticismo, fué su parte más consoladora y fecunda. Mediante ese espíritu uniéndose íntimamente, bien ó mal de su grado, á la transformación del cosmopolitismo, verificada en el *Tell* de Schiller. La patria subyugada, vilipendiada y devastada, arranca del alma más noble del romanticismo, del alma de Enrique de Kleist (nacido en 1776 en Francfort) un grito doloroso y desgarrador, al escribir en 1808 aquel drama de *La Batalla de Hermann*, no representado ni impreso, en cuya primera página estampa el autor la triste sentencia:

«¡Ay, patria mía! El plectro que debiera
Cantar tu gloria, quebrantado yace.»

Kleist que, en *Catalina de Heilbronn*, pagó su tributo á la epidemia del romanticismo, enriqueció nuestra literatura con su hermosa comedia *El Cántaro roto*, con el drama histórico *El príncipe de Homburgo*, y con el bellísimo cuento *Kohlhaas*. El curso y fin de su vida hacen de él una de las figuras características de la época más turbulenta de nuestra historia. Sus relaciones con Enriqueta Vogel, amiga, no amante del poeta, descubren á la vista un abismo de desventuras. Ella era mujer de otro, pero, aún sin esta circunstancia, no hubiera podido arrojar del alma del poeta el demonio de la desesperación que se había apoderado de ella bajo la presión del extranjero yugo. El resultado fué una catástrofe, más horrible aún que la de Werther. En un momento fatal Kleist había prometido á su amiga enferma darla muerte si ella no podía soportar más el peso de la vida, y cumplió su palabra. El día 21 de noviembre de 1811, á la orilla del lago de Wan, junto á Postdam, el poeta mató primero á Enriqueta y luego á sí mismo.

El patriótico acento de Kleist resonó con poderosas vibraciones durante la época de mayor abyección de Alemania y de su alzamiento contra el napoleonismo. Entónces comenzó la era de nuestro envilecimiento, cuando en 12 de julio de 1806, establecida la prefectura napoleónica en el suelo alemán, la Confederación del Rin resolvió anunciar el 1.º de agosto en Ratisbona, á los prefectos napoleónicos y príncipes confederados, su salida «para siempre» del im-